

Biblioteca-Films

N.º
199

LA VUELTA TRIUNFAL

25
CTS.



REGINALD
DENNY

MARION
NIXON

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Distribución, Administración y Talleres
VALENCIA, 234

Centro de Repartos de Películas
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 938 G.
BARCELONA

Núm. 199

APARECE TODOS LOS MARTES

Y REVISADO POR LA COMISIÓN PERIÓDICA

La Vuelta Triunfal

Celebrada adaptación cinematográfica de una historia de John Hunter Booth, interpretada por el genial actor

REGINAL DENNY

EXCLUSIVAS

Universal Hispano American Films

Valencia, 235 - Barcelona

Natalio Alden Reginald Denny
Felisa Marión Nixon

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Escenas de la vida comercial

—Deseo ver al señor Grubbell.

—Pase usted.

Y Nataño Alden, el hombre genial que en los negocios gana lo suyo o pierde lo ajeno, fué introducido en el despacho de Juan Grubbell, el presidente gerente y capitalista de la "Compañía de Salvamento".

Una vez en presencia del eminente hombre de negocios, que como tal tenía cara de pocos amigos, contrariamente a la expresión cordial y juvenil del recién llegado, dijo éste:

—¡Albricias, señor Grubbell! El último contrato que he hecho, dará a nuestra Compañía una fortuna.

—¡Maravilloso! ¡Admirable! Yo he visto jóvenes despejados, pero como usted Alden, no conozco ninguno.

El joven hizo un gesto de modestia como diciendo: "¡Por Dios, quite usted de ahí! Lo que hago yo, al fin y al cabo, no es más que proporcionar un negocio sin importancia..."

—¡Bravo! ¿Y cuánto ganaremos?— preguntó Grubbell ofreciendo a su comanditario, por que eso sí: Alden era su socio industrial, un magnífico habano.

Alden encendió el puro con parsimonia; se retrepó bien en el sillón y respondió con indiferencia:

—De un millón para arriba... ponga usted lo que quiera...

—¡Oh! Le pasa a usted lo que a aquel rey de las orejas de burro: todo lo que toca se le vuelve de oro.

Mas la admiración que evidenciaban las anteriores palabras de Grubbell, se trocó en una dura mirada de indignación. Sus ojos pasaban, alternativamente, del rostro de su comanditario a cierta noticia del periódico que acababan de entregarle, en la cual se refería el hundimiento de un bote de salvamento al intentar poner a flote un submarino.

Ante ese cambio inexplicable, Alden no sabía qué hacer, ni qué decir. La situación era embarazosa. ¿Qué significaban aquellas miradas?

—¡Tiene usted un adoquín por cabeza!— chilló el capitalista, rompiendo el silencio.

Alden le habría contestado, evidentemente, pero no sabía el motivo por qué le aventuraba una opinión tan personal sobre su cabeza, y optó por callarse.

—¡Idiota!—gritó otra vez Grubbell poniéndole el periódico delante de los ojos, de una forma que más bien parecía invitarle a oler el papel.

Alden poseía un espíritu eminentemente comercial, y un comerciante, no debe dejar

se influir por los revases. Además era un optimista y un optimista es un hombre que no quiere creer en la desgracia. Así, pues, una vez enterado de la noticia, creyó oportuno no admitirla en absoluto.

—El remolcador de salvamento comprado por mí, es uno de los más marineros que jamás navegaron...

Grubbell se levantó exasperado y empezó a dar vueltas por la estanca.

—¡Imbécil!—repitió—. Ese no se ha salvado. ¡Me ha hecho usted invertir dinero en una empresa ruinosa! ¡Farsante! ¡Estafador!

Alden se irguió. Aquellos insultos requerían amplias satisfacciones y avanzó hacia él. Grubbell se le quedó mirando, taladrándole con mirada de millonario irritado, que son las peores.

—¿Así se irrita un millonario por una pérdida de veinticinco mil dólares? ¿Qué haré yo, que lo he perdido todo?

—¿Y qué ha perdido usted, imbécil?

—El empleo, ¿le parece a usted poco?

Y Alden irguió la cabeza y abandonó el despacho.

II

Dios los cría y ellos se encuentran

Una vez en la calle, Alden entró directamente en la tabaquería.



... — como mi escaso valer ..

—Tendrá usted Abdullas, ¿no?—preguntó al tabaquero.

—Sí, señor.

—Pues deme picadura. He cambiado de parecer.

El dependiente lo despachó de mala gana. Alden se quedó mirando fijamente a uno de los parroquianos. ¡Era Mason, el gran Daniel Mason! Habían sido los dos camaradas durante la gran guerra y desde su regreso de Europa no se habían vuelto a ver.

—¡Daniel! ¡Mason!

El aludido se volvió, con cara de extrañeza, mas le reconoció en seguida.

—¡Natalio Alden!

Se abrazaron, se preguntaron las mil cosas que atropelladamente acuden a la memoria a todos los que se encuentran después de no habersa visto en mucho tiempo.

Tanto Daniel como Alden, eran dos imaginativos de primera marca. Los dos se figuraban que eran millonarios y capitieron en decirse mentiras.

Daniel hizo pasar por suyo un magnífico Rolls Royce que había a la puerta. Alden habló de negocios fabulosos que le daban ganancias extraordinarias, mientras se cavidiaban mutuamente.

—¿Te gusta mi auto? Lo compré al volver de las trincheras...

Alden lo examinó como buen experto y mostró deseos de adquirirlo.

—Teniendo tres coches más, a ti ha de ser-te igual desprender-te de éste. ¿Me lo das en diez mil dólares?

—Si pagas al contado, trato hecho...

No obstante sus infaldas, Daniel Mason no pasaba de ser chofer de aquel coche, y su propietario era nada menos que Grubbell, el que acababa de despedir a cajas destempladas a Natalio Alden.

La presencia del señor Grubbell y no otra cosa, fué lo que cortó la palabra a Daniel.

Su principal habíase presentado de improviso y lo había oído todo.

—Ya que has vendido tan bien el auto, Daniel, entérate de que no te necesito en dos días. Voy a Boston. ¡Y enídado con que este holgazán vuelva a comprarte ningún coche! —añadió dirigiendo una mirada de odio a su fracasado socio.

Natalio no chistó. Al volver a quedar los dos solos, sus respectivas posiciones quedaban bien limitadas y no era cuestión de seguir engañándose. Así es que, Natalio dijo recobrando la sencillez, para consolar a su antiguo camarada:

—¡Yo estoy peor que tú, amigo! ¡Me dejaría aborear por un dólar!

—¿Cómo envidio ahora aquella dulce paz de la guerra! —comentó Mason, recordando los felices tiempos en que la muerte andaba en torno de ellos pero, al menos, tenían el pan de mañana asegurado.

—¡Y lo peor es que mi madre me cree millonario, y me espera en casa mañana! —dijo Alden—. Toda mi vida no ha hecho más que contar a mi madre grandezas, negocios fabulosos, lluvias de millones. De mis horas negras nunca ha sabido nada. En el pueblo todos me creen millonario.

—¡Pues sí que te has lucido! —objetó Daniel.

—No es por ella por quien me inquieto, sino por mí. Mañana es su cumpleaños y pro-

metí no faltar. En el pueblo me preparan un grandioso recibimiento... ¡Ya ves qué lío!

Daniel era un hombre de recursos y un buen muchacho. Compadeciéndose de su desventurado amigo, buscó una manera de poderle ayudar y la halló en seguida:

—Te ahogas en un sorbo de agua. Natalia. En dos días que tendré el coche por mí, bien podemos ir a ver a tu madre.

Y quedó convenido el plan del viaje.

¡Natalie Alden, millonario fracasado, estaba salvado!

La idea de Fallbrook, preparaba, entre tanto, una bienvenida digna de su ilustre y acudado hijo.

El centro de la recepción había de ser el hogar de Natalie, y la señora Alden, madre del ilustre repatriado, andaba ocupadísima preparándolo todo.

Acompañábala en estos menesteros Felisa, entre la cual y Natalie mediaron, en la niñez lejana, promesas de amor eterno. También ayudaba en los preparativos Calixto Lowe, una de las personas más importantes de la localidad, que venía rigiendo hacia treinta años los destinos de Fallbrook.

A eso de media tarde se presentó en la casa Calixto, para estudiar detenidamente con la señora Alden el recibimiento de su hijo.

—Todo será poco para agasajar a mi Na-

talio. ¡Olvida usted que no le he visto desde que marché a la guerra!

—¡Oh, ya se sabe—replicó Lowe—. A esa gente que maneja millones no le queda tiempo ni para respirar.

—¡Que lo diga usted—afirmó la orgullosa madre—. Tan pronto está en Hong Kong construyendo redes ferroviarias, como me escribe desde Méjico participándome haber descubierto un yacimiento de petróleo que le dará a ganar unos cuantos millones. Por fin, ahora le vamos a tener entre nosotros unas horas.

—Y el pueblo en que vió la primera luz, estará orgulloso de acogerlo con entusiasmo. El chico vale, y lo merece... ¡Ya debe tener su milloncito, no?

—¡Cómo un millón!—exclamó la madre—. Lo menos debe tener cinco millones.

Felisa, que hasta aquel momento permaneció en silencio, intervino para decir que lo menos, diez millones y empezó a barajarse el dinero como en los problemas aritméticos!

III

¡En familia!

Y amaneció el día más solemne de Fallbrook desde que comenzara a ser estación de ferrocarril.

Las fachadas aparecían adornadas con col-

gaduras. Veíanse arcos de triunfo, con sentidas dedicatorias por doquier, y las calles principales, aquellas por donde debía desfilir la comitiva, ofrecían espléndido golpe de vista.

Todos los habitantes de Fallbrook, vestían traje de domingo y todos los rostros expresaban la más legítima satisfacción.

Habíase destacado al correo del pueblo en un sitio estratégico, para que en cuanto divisase el auto del millonario anunciase su llegada. Y fué un momento emocionante, cuando el correo llegó al pueblo, anunciando que Alden estaba a la vista. Empezó a cundir la voz por todo el pueblo y el gentío se dispuso a seguir a la banda de bomberos que debía romper la marcha en la gran manifestación que se le preparaba.

Entretanto, el auto, conducido por el simpático Daniel, se acercaba al pueblo, hacia el hogar inolvidable, y el corazón de Alden latía con fuerza.

—Pasaremos una noche tranquila con la familia, y mañana a primera hora, regresaremos. Ya verás, Daniel, qué pueblo más pacífico.

¡Pacífico! ¡Bien se conocía que cuando Alden lo abandonó aun no estaba constituida la Banda de Bomberos.

No hicieron más que llegar a la entrada del pueblo, cuando se aglomeró en mitad de la carretera un gentío numeroso que rodeó el auto. La banda empezó a atacar el "Himno

de los Bomberos" escrito por el propio director y los vítores, hurras y demás explosiones de alegría, lanzados por mil gargantas roncadas de entusiasmo, cruzaron el aire.

—¡Tanta familia tienes... o son acreedores!— preguntó Daniel.

—¡Caray! ¡Pero qué pasa aquí!— preguntábase Natalio a sí mismo.

Y mil voces de "¡Viva Natalio Alden!" "¡Hurra por nuestro ilustre paisano!"; una lluvia de flores que lanzaban las muchachas desde los balcones, los brazos que se agitaban sobre el gentío, no amenazando y pidiendo, si no en señal de bienvenida, le hicieron comprender claramente que aquella despedida, todo aquel aparato extraordinario, estaba preparado para él.

A marcha muy lenta, para no apachurrar a la mitad de los habitantes de Fallbrook que materialmente se lanzaban debajo de las ruedas, el auto pudo llegar hasta el domicilio del "ilustre millonario", y éste pudo abrazar a su madre entre los atonadores aplausos del gentío.

Pasaron a la casa seguidos de las autoridades e individuos de la comisión y Natalio tuvo que salir al balcón, para recibir los aplausos del numeroso gentío, al lado del alcalde que echó un discursito preparado al efecto.

—...y voy a honrarme—concluyó diciendo el alcalde—presentándolos al más eximio hijo

de Fallbrook, héroe de la gran guerra y conquistador del dólar.

Los aplausos atronaron el espacio y el alcalde le dijo en voz baja:

—Ahora dígame usted cuatro palabritas.

Nunca se había visto en semejante compromiso... El público pedía impaciente que hablase... De momento el alcalde, que se había olvidado de un bonito párrafo del discurso, le sacó del compromiso, adelantándose hasta la barandilla. Se hizo de nuevo el silencio.

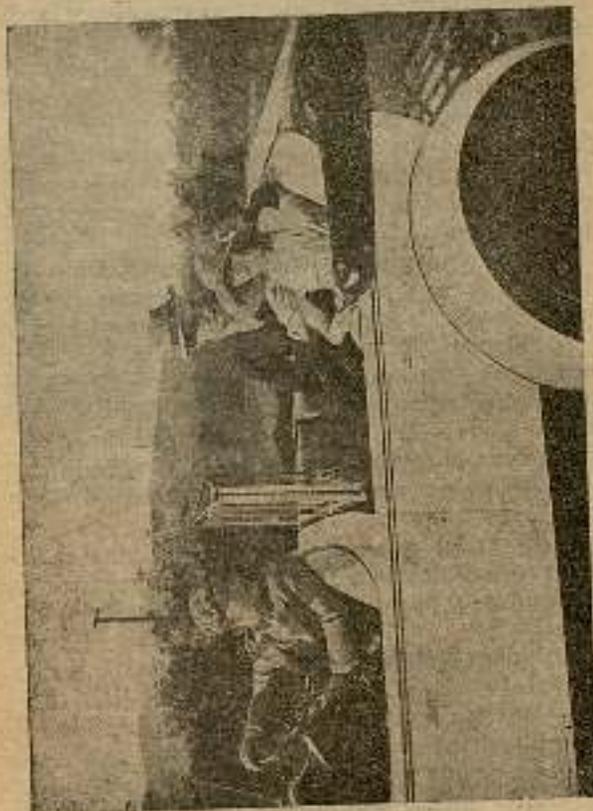
—Viene a nosotros, en nuestra hora de necesidad para que Fallbrook figure en el mapa, para guiarnos con su saber, y hasta para ayudarnos con su oro. ¡Natalio Alden, ese gran hombre, va a dirigirnos la palabra!

Cuando Alden avanzó hasta la barandilla, primero le acogió una ovación estruendosa y después se hizo un silencio grandioso.

—Señoras y señores... No merezco vuestra admiración... Cualquiera de vosotros, en mis circunstancias, haría lo mismo que yo... A vuestras órdenes me tenéis y tanto mi dinero como mi escaso valer, los pongo al servicio de las necesidades de Fallbrook.

Una nutrida salva de aplausos cerró el brillantísimo parlamento de Alden y éste se retiró.

Durante el día no tuvo un momento de descanso. La tranquilidad que soñara, se había convertido en una agitación espantosa. Había soñado, también, poder disfrutar unas



En el tiesto paisaje comenzaron a tejer su ilusión...

horas de amena conversación con Felisa, cuyo retrato guardaba grabado en el corazón, y la oportunidad se presentó por la tarde, en que salió con ella a dar un paseo en el auto, conducido por Daniel.

En el riente paisaje que comenzaron a tejer su idilio los infantiles corazones. Alden le habló muy serio, de los amores pasados que aun hacían latir con igual ímpetu, su pobre corazón.

—Yo no puedo casarme contigo, Natalio. Tú millonario y yo pobre, todos creerán que me lleva a ti la codicia, más que el amor.

—¿Son mis millones la causa única de tu negativa?—preguntó Alden, viendo el cielo abierto. Y sacando unas monedas del bolsillo, añadió: —He aquí unas monedas de cobre. ¡Toda la fortuna que tengo en el mundo!

Felisa se puso muy seria; se apartó de él y dijo:

—Es inútil que mientas. Todos sabemos que eres millonario... No me importa que tengas millones, pero tu mentira no merece perdón.

Entonces Natalio recurrió al testimonio de Daniel.

—Contesta honradamente la verdad: ¿Soy yo millonario?

—¡Claro que no!—respondió el aludido.

Natalio dirigió una mirada de satisfacción a su amigo... pero esa mirada se transformó en una mueca de sentimiento cuando Daniel,



Alden cogió a Orubail...

que no había interpretado su deseo, añadió: —Usted es "multimillonario", únicamente. Y el "pobre" millonario no pudo hacerle creer la verdad.

La noche que se prometía tranquila en el ambiente familiar, fué de lo más agitada que pueda imaginarse. Con motivo de su llegada se había organizado una gran fiesta en su casa; durante el transcurso de la enal, hubo de resistir los molestos agasajos de todo el mundo, suscribirse por "cantidades de millonario" a todas las obras de beneficencia de

Fallbrook, y resistir la charla insubstancial de todo el mundo.

Para colmo de desgracias, Daniel se divertía a expensas de aquellos equívocos y avivaba el fuego, burlándose de la ingenuidad de los pueblerinos.

—¡Es grande mi jefe—dijo en un grupo—. Apenas llevaba unos minutos en la localidad, y ya habló de sus fuentes naturales de riqueza.

Corrió la voz de que Alden tenía grandes proyectos para lograr la prosperidad del pueblo, y a viva fuerza le obligaron a hablar sobre ello.

Subido en una silla, no sabía por dónde empezar. No tenía ni la más remota idea de lo que pudiera impulsar la prosperidad de su pueblo. Comprendiendo los apuros que estaba pasando, Daniel le quiso ayudar, y colocándose detrás de la gente, desde el dintel de una puerta, le hacía señas.

Y empezó su discurso; un discurso sin pies ni cabeza, mientras su imaginación se esforzaba por entender las señas que sin ser visto le hacía su amigo.

—Yo me siento dichoso... y a mi dicha se une la vanagloria de ser el descubridor ante usted de... sus fuentes naturales de riqueza... ¿Cuáles son esas fuentes? preguntarán.— Hubo una pausa, Daniel hacía gestos extraños, cuyo significado no acertaba a comprender.—¿Cuáles son? digo yo a mi vez. ¿Es que

no lo adivináis?... se trata de algo que bien dirigido nos haría millonarios a todos... Casi no acierto a expresarme de alegría.

Daniel agitaba los brazos como si nada. ¡Ya empezaba a comprender!

—Dije fuentes—prosiguió Natalio—y bien dicho está porque es cosa de agua... De agua, sí; y os veo a todos nadando en la riqueza... ¿Cuánto me asombra que no hayáis caído ya!

No se puede negar que Natalio tenía una cabeza despejada. Mientras su amigo componía el eufónico discurso, él recordó que una poderosa empresa había querido obtener la concesión de unas hermosísimas cataratas que había en Fallbrook, para aprovechar el salto de agua, habiéndoles sido denegada. Entonces tuvo el ingenioso recurso de enseñar a su compañero un cuadro de las cataratas, y entonces Natalio vió claro y dijo victoriosamente:

—¡Hablo de vuestras cataratas!!

El efecto fué diverso. Mientras unos compartían el criterio de Alden, otros discreparon. Entre éstos figuraba el alcalde, con el cual entabló una discusión:

—Yo apuesto cien mil dólares, a que el aprovechamiento de ese salto haría de este pueblo una gran metrópoli antes de cinco años.

—Aun suponiendo que esto sea verdad, ¿dónde tenemos el capital para tan magna obra?—replicó el juez de paz.

Lowe meditaba. Una careajada financiera como la de Alden, no podía equivocarse, y tomó su defensa.

—Ya han oído ustedes a Alden apostar cien mil dólares, y yo, por esa suma no vacilaría en hacerle la concesión.

Y así fué como, tomándole la palabra al vuelo, Alden, que no tenía más que unas monedas de cobre, se vió obligado a firmar al día siguiente el contrato, mediante el cual se le adjudicaba la propiedad de las cataratas por cien mil dólares.

IV

Dios aprista pero no ahoga

Al día siguiente los periódicos publicaron un suelta, con las respectivas fotografías de Natalio y Daniel anunciando la concesión.

—Nos vamos inmediatamente — decía Alden a su camarada aquella mañana—. ¡Pienzas esperar al mediodía para que esos tipos nos cojan aquí y nos hagan firmar el contrato!

—Pienso una cosa. ¿A que no sabes qué?

—No lo sé; habla.

—Pues que se nos presenta el negocio más bonito que jamás pudimos soñar. Embolsarnos un millón si podemos conseguir esos cien mil dólares.

—¿Cómo te encariñas con tus necesidades!

¿Es que vas a competir con el Niágara, organizando excursiones a las cataratas de Fallbrook?—replió Alden.

—¡Te repito que nuestro triunfo está en coger cien mil dólares!—exclamó Daniel con ánimo decidido.

—Pues mis bolsillos ya sabes lo que marcan: cero.

La noticia de la concesión de la cascada a favor de Alden y Daniel Mason, había llegado hasta los periódicos de Boston, los cuales publicaban las fotografías de los concesionarios.

En la Compañía Transcontinental de Luz y Fuerza, estaban que echaban chispas, pues ellos habían tratado de conseguir sin resultado, lo que aquellos jóvenes obtuvieron al parecer tan fácilmente.

—¡Ya ve usted— decía el gerente al ingeniero jefe mostrándole el periódico—, lo que no logró usted con su prácticas comercial, lo consiguen unos advenedizos.

—Sí, pero ellos no podrían llevar la cosa más adelante—replió el ingeniero.

—¿Y si probásemos a ofrecerles una cantidad?—propuso el gerente.

Cinco minutos después, el gerente de la Transcontinental estaba al habla con Alden.

—Me he enterado de que usted ha logrado la concesión de las cataratas, y le ofrezco por el traspaso ciento cincuenta mil dólares.

—¿Hace?

—¡Hace!—dijo Alden.

—Pues antes de mediodía estará ahí un empleado mío con el cheque.

Alden no podía dar crédito a lo que veía. Creía que aquello era el resultado de una pesadilla y después de la conferencia telefónica, cayó en un sillón.

—¿Qué ocurre? ¿Viene la policía?

—Daniel... Daniel... ¿Tantas muchísima razón! ¿sabes con quién acaba de hablar? Con la Transcontinental de Luz y Fuerza, a quienes acabo de traspasar la concesión con una ganancia de cincuenta mil dólares.

—¿No te lo decía yo? Tú, anoche conseguiste más de lo que creías... Con el falso prestigio que gozas aquí, has logrado sugerirles y obtener lo que aquella gente con su solvencia no pudo lograr.

—Bueno, pero ¿qué hacemos? A mediodía van a venir los comisionados por el Municipio con el contrato y habrá que darles el cheque de los cien mil dólares.

—¿No te apures! ¿No dices que a mediodía vendrán los de la Transcontinental con su cheque de ciento cincuenta mil? Pues tú cierras el trato con los de aquí y les entregas un cheque y en cuanto tengas el de las ciento cincuenta mil lo ingresas en el Banco, y ya habrá fondo para hacer efectivo el otro.

Acordóse así, y poco después llegaban los comisionados y se firmaba el contrato me-

dante la entrega del cheque de cien mil dólares.

Mas no contaban ellos con la huésped, o mejor dicho con el huésped. Precisamente, el objeto del viaje que había traído a Boston al millonario Grubbell, era el desco de gestionar la concesión de los codiciados saltos de agua de Fallbrook y por ello estaba en relación con el gerente de la Transcontinental.

Pasó Grubbell por el despacho con objeto de recoger unos datos y el gerente le dijo:

—Por esta vez he madrugado más que usted, Grubbell. Acabo de comprar la concesión de las cataratas.

Y le explicó lo ocurrido. Cuando el millonario reconoció por las fotografías de los periódicos a su comanditario, y a su chofer, se rió en sus propias barbas del gerente.

—¿Ha caído usted en el lazo de unos timadores! Esos dos son mi "chauffeur", que me ha robado mi auto, por lo visto, y un agente mío que me estáó ayer!

—¿No, pues a mí no me están! Todavía se puede remediar esa.

Inmediatamente pidió conferencia telefónica y Daniel Mason se puso al aparato.

—Den ustedes por roto nuestro pacto! ¡¡petardistas!!

Casualmente Alden tenía reunidos en el despacho a los comisionados del Municipio. Ya estaba firmado el contrato y el cheque en

manos de Lowe. Mason dirigió a su compañero una mirada de angustia y exclamó:

—Deshecho todo...

No podía ser más explícito por la presencia de aquellas personas y Alden no le entendía.

—¡Que todo deshecho!... — repitió Mason, haciendo expresivos gestos de angustia.

—¡Si que estará deshecho el infeliz! — exclamó Alden, dirigiéndose a sus visitantes. — ¡Los síntomas son de cólera!

—¡Des-he-cho... to do! — seguía tartamudeando Daniel.

Sin comprender nada, Alden fué a la cocina, en busca de algo que dar a su amigo, que se retorció sobre un sillón como si tuviera terribles dolores de vientre, y sin que-ror cogió una cucharada de un insecticida, y le dió este preparado diluido en un vaso de agua. Entonces los dolores de Mason fueron de verdad.

—Bueno; daré este cheque a nuestro Banco, para que en seguida lo manden a cobrar — dispuso Lowe.

Y se despidió de sus compañeros que todavía querían acompañar un poco a Alden.

Una vez salido el alcalde, a Mason le desaparecieron casi por encanto todos los dolores. Sabía que si aquel cheque llegábase a presentarse al cobro, Alden y él serían detenidos por estafa, toda vez que el pacto con la Transcontinental había sido apalado de una manera tan violenta como inexplicable. Salíó,

pues, detrás de Lowe con intención de entretenerlo lo más posible.

En aquellos momentos, la criada anunciaba a Alden que un caballero de Boston le deseaba ver. ¡Ya estaba allí el enviado de la Transcontinental!

—¿Quieren ustedes pasar a la habitación próxima? He de cerrar un trato con mi visitante...

Los comisionados pasaron a una habitación contigua y Alden recibió con el consiguiente estupeor, la poco agradable visita de Grubbell, pensando, para sus adentros, qué le habría traído por allí.

—¡Cuánto me satisface que nos volvamos a ver! — masculló.

—¿No le han traído a usted de Boston un cheque por ciento cincuenta mil dólares? — preguntó con sorna Grubbell.

Alden hizo un leve encogimiento de hombros.

—¡Ni me acordaba ya de eso! Me Hueven de tal modo las ofertas...

—¡Yo no creo en la patraña de que tenga usted la concesión de las cataratas! — exclamó Grubbell súbitamente.

—El que nace bromista como usted, ni en un duelo está serio.

A Lowe le había dejado el auto muy lejos para que volviese a pie a casa, y Daniel regresaba a la de Alden, e iba a entrar en el despacho, cuando reconoció a su principal.

Entonces recordó que Grubbell había estado muy interesado en la concesión de los saltos de Fallbrook y utilizando un teléfono público se puso al habla con Alden y le dió instrucciones precisas.

V

La fortuna es de los hombres audaces

—No siga usted... por doscientos mil dólares no haremos nada—dijo Alden una vez recibió las instrucciones de Daniel—. Estoy hablando con la Transcontinental—añadió dirigiéndose a Grubbell.

Lo peor que podía ocurrirle a éste era que un competidor le arrebatase un negocio; así es que decidió salir vencedor, costase lo que costase.

Alden seguía hablando por teléfono.

—¡Doscientos cincuenta mil! Ya se va usted poniendo en razón.

—Oigame, Natalio... La amistad merece consideraciones...—dijo Grubbell—. Yo le pago veinticinco mil dólares más que ellos.

—Perdone, señor—dijo Alden a su presunto interlocutor—. Acaban de ofrecerme doscientos setenta y cinco mil... ¿Que usted sube a trescientos mil?

—¡Yo le daré trescientos cincuenta mil!—exclamó Grubbell, ya fuera de sí.

—¡Conforme! ¡Acepto su proposición, se-



— He aprendido que la verdadera felicidad...

ñor Grubbell?—indicó Alden colgando el unricular.

Y después de tratar del asunto, Grubbell firmó su cheque.

En aquel preciso instante regresaba Daniel. Su principal se hallaba en un rincón, leyendo ávidamente el contrato que le entregará Alden, y creyendo que ya se habría marchado, preguntó a su compañero:

—¿Cayó en el garlito ese imbécil?

La que se armó fué buena. Grubbell creyó que había sido objeto de una estafa y se puso frenético, hasta el punto de que quería pelearles, con tan mala fortuna que resbaló y perdió el conocimiento.

¿Qué hacer? En la habitación contigua se oían ruidos que denotaban que los comisionados, cansados de esperar, habían decidido marcharse y tenían que pasar forzosamente por el despacho.

Alden cogió a Grubbell, lo sentó en un sillón como si estuviera en actitud de escuchar atentamente y empezó un largo discurso sobre fantásticos negocios, cuando los comisionados empezaron a salir.

La elocuencia con que Alden trataba los negocios dejando estático al interlocutor, tenía a todos admirados y satisfechos.

La presencia de Lowe, que entró hecho una furia, vino a complicar más la situación.

—¡Me ha engañado usted, granuja! ¡Sé

que en el Banco no tiene ni un céntimo!—vociferaba agitando el cheque.

—Se ve que no ha llegado aun el libramiento de Londres—indicó Alden—. Pero es lo mismo; como el señor Grubbell me ha dado un pequeño cheque, mañana cobrará usted.

Y para robustecer sus afirmaciones le entregó el cheque de los trescientos mil dólares que pasó por las temblorosas manos de todos los presentes.

—¡Hambres como usted, Alden, es lo que necesitamos en Fallbrook!—dijo Lowe, después de excusarse humildemente.

Iban a marcharse los comisionados a indicaciones de Lowe, cuando el comisario de policía se presentó inopinadamente.

—De Nueva York telegrafían que el coche que llevan ustedes lo robaron a un señor llamado Grubbell.

—El señor Grubbell, aquí presente, me vendió el coche antes de salir yo de Nueva York—replicó Alden.

El señor Grubbell iba recobrando el conocimiento. Primero se agitó y empezó a mover los miembros y después abrió los ojos, mirando en derredor.

Los comisionados estaban pendientes de todo, con la curiosidad excitada.

—¿No compré yo a usted el coche, señor Grubbell?—preguntó Alden.

Al principio Grubbell estaba aturdido y no sabía qué responder, pero después recobró la

lucidez y a preguntas del comisario, respondió furioso:

—¡Yo nada vendí! ¡Estos bandidos acaban de robarme trescientos cincuenta mil dólares y el auto también me lo robaron, comisario, ¡Cumpla usted con su deber!

—¡Eh, poco a poco!— dijo Alden con energía—. Aquí nadie le ha robado a usted. El "chauffeur" está aquí presente, a la disposición de usted, abajo tiene el auto. En cuanto a los trescientos mil dólares no hay robo ni estafita ni cosa parecida. Fué un convenio celebrado entre los dos y podría exigir su cumplimiento, pero le devuelve a usted su cheque.

Después se dirigió a los comisionados, y les dijo:

—Son ahora poco más de las tres y el contrato prescribe un plazo máximo de cuarenta y ocho horas para hacer efectivo el pago de la concesión y hasta mañana puede hacerse efectivo el cheque que yo le he firmado, señor Lowe.

Desde un rincón del despacho, la señora de Alden y Felisa presenciaron esta triste escena, y estaban profundamente apenadas.

Felisa, principalmente, sentía deseos de arrojarse en los brazos de Natulio y decirle que ella creía en su honradez; al verle pobre y débil para luchar con tanta gente, le quería infinitamente más que cuando le creía



Y la acogida joven...

millonario. ¡Así eran de buenas las muchachas de Fallbrook!

Entre el asombro general, Alden se aproximó a su madre y la abrazó; después estrechó también contra su pecho a Felisa y le dijo al oído:

—Estos dos días he aprendido mucho, Luisa. He aprendido que sólo la verdadera felicidad se logra amando y que el dinero sólo nos puede producir satisfacciones cuando proviene del trabajo honrado; que la sinceridad es la mejor virtud y la mentira el peor de los

vicios... También he sabido que tú me amas y esto me hará seguir por el camino del trabajo, hasta lograr el premio más ambicionado: que seas mía.

Dicho esto, Alden y Daniel se marcharon.

Grubbell estaba preocupado. Había oído las palabras de Alden y pensaba que un hombre que se expresaba de aquel modo, no podía ser un vulgar estafador.

—¿Es legítima esa concesión, señores? — preguntó a los comisionados.

—¡Ya lo creo!—respondió Lowe—. ¡Legítima del todo!

—¡Pues háganle volver! ¡Yo necesito esa concesión!

Alden y su camarada habían tomado el camino de la estación. Pensaban coger el expreso que pasaba hacia aquella hora.

Felisa salió tras de ellos y llegó a la estación al tiempo en que el expreso ya salía.

Aquello era una contrariedad porque ella ignoraba el destino que pudieran tomar.

En la estación vió el autocamión que hacía el servicio de carga. El chofer era íntimo amigo suyo y a él se dirigió implorándole que le ayudase a buscar a su navío.

—Es que no sabes lo que pides, Felisa. Con este escharro, es imposible seguir a un expreso que corre como el viento.

—Nada, Jaime. ¡Hay que seguirles, aunque hayan ido al infierno!

No había manera de disuadirla.

—¡Si no le encuentro, me moriré de dolor! ¡Le amo tanto!

Y la accongojada joven apoyó la cabeza en el pecho de Tomás.

Una mano sigilosa levantó el encerrado del camión, detrás de ella apareció un rostro conocido: el de Alden, y después el de Daniel. Felisa se sintió cogida y elevada por unos brazos vigorosos y al volverse, sus ojos tropezaron con los de Alden...

—No hemos llegado a tiempo para coger el tren, y al verte llegar nos hemos ocultado aquí, para darte una sorpresa—explicó Alden.

—Pues en casa todo quedó arreglado. El señor Grubbell quiere compraros la concesión y os ha mandado a buscar.

Alden y Daniel cambiaron una mirada significativa.

—¡A casa, Tomás!—ordenó Alden—. ¡Esto se llama una vuelta triunfal!

FIN

PRÓXIMO MARTES

La novela de grandiosas aventuras

Contra la ley

por el coloso de todos los vaqueros

Franklin Farnum

30 cts.

Postal: **William Coliver**

Selección de Biblioteca Films

LO MEJOR DE LA TEMPORADA



**Bodas
sangrientas**

Genial creación artística
de la bellísima estrella

María Jacobini

Portad :

John Miljan

64 páginas de texto
Hermosos grabados

50 céntimos

¡OTRO GRAN ACONTECIMIENTO!

Selección FILMS DE AMOR



publicará en breve

Los
amores
de
Manón

Versión inspirada en la mundialmente conocida novela del Abate Prévost, cuyo argumento ha hecho vibrar las liras de los poetas y músicos, y los corazones de la juventud

Sublime creación de la bellísima

DOLORES COSTELLO

y del genial y simpatiquísimo artista

JOHN BARRIMORE



50 cts.

Siempre

LOS MAS GRANDES FILMS
LOS MAS GRANDES ARTISTAS
LA MEJOR LITERATURA
LA MEJOR PRESENTACION